

Cuentos sobre Isabel

Por Jomra (Abril y Septiembre del 2006)

Correo Electrónico: Jomra@jomra.es

(www.jomra.es y jomra.perublog.net)

No todos los derechos Reservados. Cesión de Derechos: Se permite la copia, distribución y comunicación pública de esta obra de forma parcial o total siempre que se realice sin ánimo de lucro y se permite la creación de obras derivadas siempre que su fin no sea comercial.

En todo caso debe reconocerse la **autoría de Jomra** sobre este texto y cualquier obra derivada debe mencionar el original.

Todos los derechos morales de Autor quedan reservados.

Las Copias, distribuciones y comunicaciones públicas deben hacerse bajo las mismas condiciones de cesión de derechos, así como las obras derivadas de la presente.

Isabel

Veó la laptop sobre la cama, está ahí, quietecita, como cuando la dejé hace un buen rato. La buena laptop, con su kubuntu bien instalada, a la primera oiga, sin demasiados problemas. En la pantalla se ve el editor de textos prendido, muerto de asco ensuciado por muchas palabras sin más sentido que el existir en un relato.

Pero no, no quiero ver la cama, o mejor, la computadora. Estoy adorando un pesado cacharro, todo de metal, que ha llegado a mis manos hoy día. Es una máquina de escribir de las de toda la vida. Es lo que tienen las herencias, perdón, legados, uno recibe los recuerdos hechos objeto por parte de una persona a la que, se supone, querías. En este caso, una máquina de escribir aún funcional (con todas las teclas y partes) y con el carrete de cinta listo para perpetrar, en una hoja, todos los garabatos mentales que pintamos con nuestro alfabeto.

A veces no tenemos mejor forma para pasar el tiempo, o que el tiempo nos pase, destruyendo un árbol y construyendo un cuento. Todo tiene un precio, parece ser.

Maravillado veía la máquina, esperando ante ella como cuando nos ponemos frente a esos viejos juguetes de metal, a los que tras darles cuerda un rato, y esperando que nada cruja, comienzan a moverse. Pero la máquina no va a cuerda, va a golpes. Y sólo se mueve como tú le dices.

¿Qué habrá sido lo último escrito en ella? No tardo en montar mentalmente todo tipo de historias, todo tipo de confesiones que esa persona ya fallecida pudo contar en su último toqueteo con la máquina, cuando decidió a, qué se yo, contar el mayor de sus secretos sin que su puño y letra se vieran involucrados.

Cada máquina es una firma en sí misma, no todas escriben igual, y mientras más escribes en ella más personalidad adquiere, la E se torcerá un poco a la izquierda, y la O que tanto se pega con la P decidirá que su espacio es un par de milímetros más cerca a la U. Una máquina de escribir representa el puño y letra impersonal y necesario para muchas de las cosas que nuestra muñeca se negaría a dibujar sobre un papel. Una Máquina es una personalidad agregada a la nuestra. ¿Cómo se puede heredar algo así? ¿Comenzaré a escribir en el mismo tono y sobre lo mismo que habló la persona ya fallecida en ese último uso?

Lo primero que una vieja máquina nos dice, cuando posamos nuestras manos sobre ella, es su nombre. Puede gustar o no gustar, eso le es indiferente, como marca ya su personalidad, ella, la máquina, decide lo que imprime en el papel. Su nombre es Isabel. Nombre aristocrático donde los haya, reinas y emperatrices han mancillado un nombre que, a bote pronto, me hace recordar a una Católica, una derrocada por la Gloriosa, una que aún gobierna unas islas, y me suena, de paso, otra con acento inglés y una que hablaba ruso.

Regresemos al relato, que me voy por las ramas, y al final nunca terminé de contar las historias que jamás debí comenzar. Es un problema, la hoja en blanco reclama ser llenada y no hago más que ensuciarla...

Cogí la Máquina (aún no sabía su nombre) y limpié un poco el escritorio (eufemismo para referirme al acto de pasar todo lo que está en un sitio a "encima de la cama"), totalmente lleno de periódicos, carpetas de apuntes varios, y libros que a saber desde cuando esperan su turno para ser ordenados en una estantería que hace tiempo se quedó chica y donde la doble fila no se castiga con multa sino que se concibe como un premio a la perseverancia.

Puse la máquina en el centro del escritorio que, ahora sin tanta cosa encima, parece grande, y del paquete de 500 hojas retiré una blanca, bien blanquita la condenada, muerta de miedo por cómo la mancillaría, puesto que temblaba a toda pastilla... ¿O sería el viento que corría por la habitación? Metí la hoja y me quedé frente a la máquina, con los dedos listos para pulsar las duras teclas (siempre son duras en una Máquina).

Un flash back de esos me golpeó en la cabeza. Años atrás aprendí mecanografía en una máquina como esa, era frustrante ver cómo tus dedos meñiques se empeñaban en hacer su parte del trabajo y no conseguían levantar ni un poco los dichosos fierritos que debían atacar la hoja para marcar una letra. Como el macho pequeño de la manada que intenta seguir al grupo mientras huye de una no tan imaginaria amenaza, uno sigue intentando casi infatigablemente estar a la altura de lo esperado, pero no, las letras pulsadas con los meñiques no aparecían por ningún lado. Esto me había marcado, lo sabía, lo sé, y lo sabré. No uso los meñiques siquiera en el ordenador de marras, que sólo con mirar una tecla ya ha quedado la hoja ficticia con un carácter sobre ella.

Así pues, por mi mente comienzan a pasar los primeros momentos con una máquina al frente, esos en que uno lucha contra la imaginación, para saber qué poner, contra la máquina, para dominar todos los truquitos y tiempos de

pulsación (sin que se atasque) y contra la hoja en blanco, que antes con menos (a mano) la llenabas más rápido. Una lucha que da personalidad tanto al que escribe como a lo escrito, donde se mezclan las vidas del autor y de la máquina que ayuda a la existencia, como herramienta necesaria, del escrito impreso.

Recuerdo pues el rodillo, o como se llame, que tan sufridor es. Todas las partes de una Máquina tienden a sufrir lo suyo, las teclas son brutalmente golpeadas, cuya venganza poética es gritar órdenes inmediatamente cumplidas por los fierros con las letras (¿tendrán algún nombre específico? Seguro que sí) los cuales desatan su ira sobre el blanco papel, cubierto por una cinta que, recibiendo un golpe lo traslada a la hoja. Al final del proceso, al rodillo sólo le queda aguantar todos los golpes de las teclas, es un trozo pequeño de materia que tiene el total de lo escrito por todas las personas que han tocado la máquina y es la memoria caótica de la Máquina!! Me gustaría saber leer entre las líneas del golpeado rodillo, que tan bien soporta la hoja, para saber toda la historia de vida de todos los que han puesto su grano de arena en esa máquina.

Ensoñaciones que quito de mi cabeza, seguía sin escribir nada en el ya colocado papel. Nervios.

Tic tac tac tac tac tac.

Isabel.

¿Pero qué rayos...? Su nombre. Ya me ha contado su nombre (eso o estoy pensando en alguien que no conozco), ahora es cuando podré, pensé en ese momento, escribir lo que me dé la gana, como quiera y para lo que quiera. La hoja no avanzaba, por tanto, nada escribía.

Moví todo, puse la hoja a la mitad y reduje los márgenes, sólo entrarían un par de palabras, así, escribiría un pequeño párrafo en el centro de la página, que llenaría por completo el vacío en blanco. ¿Qué podía poner? Nada lógico, nada que no sonase a nostálgico, nada que no pareciera un grito desesperado por decir otro nombre, pero esta vez de alguien que sí conozco.

Al final, fui capaz de escribir esas líneas para romper el hielo con la hoja, qué mejor que recordar a la persona ex poseedora del aparato mágico que imprime páginas según se lo voy diciendo. Nada más importante o profundo de lo que pudo ser su propia esquelera. Sólo era un acercamiento con Isabel, un “sé quien te poseía, soy quien te quiere poseer ¿me dejas?” y que ella aprobara esta nueva relación.

Comenzaron a pasar incontables hojas por la máquina, estaba poseso total, no podía controlar ni lo que escribía ni las razones por las que lo hacía, todo fluía para afuera, me desahogaba como si hablase con un amigo, pero no de cosas mundanas, ni existencialistas, realmente no eran nada, no, esperen, no sé lo que eran, no leía lo que escribía, todo terminaba regado por el escritorio, por el suelo, sobre la cama, en cada uno de los rincones de mi memoria...

Terminé exhausto del derroche de energía, con los dedos adoloridos. Pero valió la pena, pude volver a un tiempo distinto, a sensaciones olvidadas. No hay color. Tanto tiempo toqueteando los débiles teclados de distintos ordenadores, para volver a disfrutar de la experiencia de una máquina de escribir. Es como, después de mucho tiempo usando rotuladores, volver al pincel, después de mucho tiempo con los lapiceros, volver a la pluma, después de mucho tiempo con los lápices, retomar el carboncillo.

Me levanté del escritorio lentamente, la idea de “no he comido” rondaba mi cabeza y gritaba en mi estómago, ya necesitaba una experiencia carnal del engullir alimentos, tal vez luego escribiría sobre eso ¿por qué no? ¡¡Ya nada me pararía!! Tenía una máquina de escribir que cumplía totalmente su función, el suelo daba fe de ello.

Después de comer recibí una extraña llamada, un error decían, el legado no me correspondía a mí, el bien otorgado no era la máquina de escribir, me quitarían a Isabel y recibiría un insípido e inútil maletín lleno de algo que no me interesaba, muy bueno me dijeron, el muy jijuna no sabía lo que me quitaba. ¿Qué se habrá creído? ¿Por qué rayos quien se había ido no me había dejado la máquina a mí? ¿Quién podría apreciarla mejor que yo? No es lógico. Isabel me había aceptado, y yo disfrutaba de nuestra relación.

Decidí que era el momento de fugarse, de hacer borrón y cuenta nueva. Recogí apresuradamente los papeles del suelo, de todos lados, los ordené como pude. Vacié, casi corriendo y sin saber bien lo que hacía, y que me aspen si sé lo que hice, unas carpetas y las llené de las páginas que Isabel quiso escribir. Dudé frente a la laptop, “¿me la llevo?” pensé unos momentos. Pero no podía dejar la otra posesión más preciada que tenía (y tengo), y donde está toda una vida. Al final metí el aparato portátil en la maleta, junto con un par de mudas e, Isabel en mano, salí corriendo del apartamento, sin volver la vista, huyendo por completo de una realidad absurda que reclamaba tener una máquina que había decidido quedarse conmigo.

Ya en la calle, lejos del apartamento recientemente abandonado, me di cuenta que no saqué el fajo de hojas blancas ¿Qué podía hacer sin ellas? No era nadie. Sin caer en el pánico, que poco a poco entraba en mi ser, me apuré en entrar a la copistería más cercana y pedir un paquete de 500 hojas, no vamos a negar la extrañeza de la joven dependiente, al verme cogiendo una máquina de escribir entre los brazos, vestido con el buzo de la pijama y una maleta arrastrada. Obviamente, me dio el paquete.

Ya al día siguiente de mi nuevo comienzo, de esa vida que me labraría al lado de Isabel, decidí que eso de dormir en los parques no era tan cómodo como parecía cuando me moría de sueño y no tenía donde sentar la cabeza, en la rotura de la vida anterior, aquella que me despojaría de Isabel, las tarjetas terminaron partida y las monedas que me quedaban no pagarían ni un mal albergue.

Ahora estoy sentado en la plaza mayor en una ciudad cuyo nombre espero no recordar, en el centro mismo de la plaza, escribo lo que puedo, me gano la vida así, los transeúntes pagan por un escrito salido de Isabel sólo para ellos, en un mundo donde todo es masivo, donde las letras son repetidas sin cesar en millones de potenciales pantallas o escritorios, ellos quieren un retazo de escrito personal, sólo para sus ojos, sólo para sus queridos. Eso es algo que una pluma da, pero con un compromiso demasiado alto, eso es lo que una máquina de escribir, a día de hoy, nos puede brindar, una marca personal en un texto con cierta coherencia.

Isabel conmigo está. Por una vez, soy feliz.

No te perdí, porque nunca te tuve.

Esta es una de esas historias que desearía no contar, cuyas letras se imprimen en la pantalla contra la voluntad del ser que razona pero impulsadas por la vehemencia del corazón, ese algo que nos obliga a reseñar las tristezas y felicidades, como si importaran a alguien más que a nosotros mismos, que nos lleva del sufrimiento al placer sin atender a razones más allá de la arrogancia de saber que controla nuestras vidas más de lo deseado.

Me enrolló, y no es el objetivo. Les contaré una historia triste, de esas que vale la pena contar... Ya no recuerdo quién fue el que dijo que las infancias felices no merecían ser contadas, y que las grandes historias salen de las vidas infelices. La desgracia, desdicha, el drama, a fin de cuentas, es lo que vende. Tampoco es que esta sea la historia de la humanidad, que se basa en los esfuerzos de unos por pisar al resto, y en el resto fracasando una y otra vez en impedir que le pateen en el trasero. No. Para nada. Ni siquiera se podría considerar una gran historia, desde fuera incluso negarían lo funesto del asunto para asegurar que fue toda una suerte, que ahora estoy mejor. Pero no es así, y por eso lo voy a contar. Hace mucho tiempo llegó a mi vida Isabel, ella me absorbió por completo, cambió mi vida como nada lo había hecho hasta ese momento. Alguien sumido en el pasotismo social del día a día que veía cambiar por completo su vida. Entró por casualidad, por un error. Como casi todas las cosas buenas de la vida, llegó sin estar planeada, de improviso. Ahora viendo el pasado, intentando recordar los detalles de esa nueva vida, me doy cuenta que nunca poseí a Isabel, ella siempre me tuvo a mí, pero era cuestión de tiempo que, tal como llegó, se fuera.

Sí, como leen, perdí a Isabel, esa máquina de escribir que dio un vuelco a toda mi existencia. Algunos periódicos locales de las ciudades que iba visitando para llenar espacio sacaban versiones algo raras de lo que ellos creían que me sucedió, así que espero nadie se guíe por ellas, siempre, eso sí, me tacharon como un loco. Esto cambió un poco tras la pérdida de Isabel, la diferencia es que pasé a ser portada de periódicos nacionales, una "estrella" más de pasado extraño para la galería de fenómenos que comprenden ese sub-arte nacional que tan bien vende. Aunque las falsedades jamás han cesado, ya hay toda una leyenda que es radicalmente distinta a los hechos que recuerdo haber vivido, y que a fin de cuentas, son los que forman el Yo de mi historia.

A lo que iba, andaba por una ciudad, pueblo o similar de los que solía visitar llevando la máquina de escribir auestas para sentarme en la plaza y escribir lo que la máquina deseaba como servicio a los ciudadanos y permitir que viva de lo que más disfrutaba, de poder dar salida a todas sus ideas por medio de una hoja en blanco, llenando un vacío con relatos personales... ¿Alguien se imagina una vida mejor acaso?

En esa población, como iba contando, me senté en la Plaza Mayor, armé un pequeño banquito con su mesita, hacía un tiempo que fui reemplazando mis mundanales cosas llevadas en la maleta con la que escapé de una vida ya no deseada por objetos útiles para la labor de escribir en una máquina de antaño, la comodidad es importante... En fin, que había montado el puestito, como siempre, a la espera de curiosos que desearan unas líneas propias y únicas. Se acercó un señor, que no viene a cuento describirlo con todo detalle, pero para que se hagan una idea, era el típico "respetable con traje claro", por decirlo de alguna forma.

Preguntó curioso sobre lo que hacía, durante cuanto tiempo llevaba haciéndolo y otras tantas preguntas mil veces respondidas en otros lugares, tiempos y personas, estoy seguro que los pintores callejeros no se ven atosigados por las preguntas de este tipo como lo somos los escritores errantes -permítanme el calificativo-, cuando hacemos exactamente lo mismo. En fin, no le tomé especial atención, simplemente le fui contestando mientras escribía.

El sujeto, que jamás se identificó, en un momento se quedó callado, miró la página que acababa de perpetrar Isabel y me miró durante un buen rato. Puso una cara realmente extrañada y preguntó que cómo rayos podía escribir mientras hablaba manteniendo coherencia en ambas cosas, sin cometer un sólo error tanto en la conversación como en la escritura y que si ya había pensado lo que estaba escribiendo o lo iba inventando al momento. Esta vez sí tuve que pensar en la respuesta, casi le digo que sus preguntas ya no tenía que planteármelas para responderlas, que me sabía de memoria tanto el contenido de las mismas como la respuesta, pero esa no era realmente la cuestión, la conversación se iba por los cerros de Úbeda constantemente, no se quedaba en pregunta y respuesta como era lo habitual. No, no era eso. La respuesta era simple. Yo hablaba con el tipo del traje e Isabel escribía por su cuenta algún relato que, bien pensado, no sabía qué era o de qué iba.

El personaje trajeado me miró raro, volvió a coger el papel y me pidió llevárselo, yo aún no lo había leído pero sabía que no estaba completo, Isabel seguía escribiendo en otra página que no tenía encabezado nuevo, le comenté

que no estaba terminado, que se esperara un rato, no sabía cuanto, eso sí, pero la paciencia es la madre de la ciencia ¿o era la experiencia? Da igual, que esperara. Era la idea. El tipo dijo que nanay, que necesitaba llevarse esa página en concreto, que el resto no lo interesaba y que cuanto tenía que pagar. Se puso erre con erre, al final le dije que volviera luego por el resto del relato, que se llevara la hoja y dejara en el canastín el dinero que él creía que valía. Dejó un par de euros y se fue sin decir esta boca es mía.

Gente rara hay en todos lados, a fin de cuentas, yo estaba sentado en una plaza con una máquina de escribir dejando que la misma llenara cuantas hojas quisiera de lo que le apeteciera en ese momento, la tinta del carrito aguantaba aún y el resto de partes de la misma se acompañaban para formar un todo que me parecía perfecto.

Como a las dos horas del incidente con el sujeto del traje claro, vinieron unos maromos la mar de fornidos en una ambulancia. Y me llevaron. Camisa de fuerza y toda la historia, yo sólo gritaba «Isabel» y extendía mi brazo en un vano intento de alcanzar el objeto de adoración mientras veía cómo una de esas bestias de blanco recogía las cosas que siempre llevaba encima, perpetrando la armonía entre ellas por la brusquedad de quien recoge algo que ve como basura.

«Isabel!»

El resto está verdaderamente nublado, nunca supe si fue por algún tipo de droga que me inyectaran o dieran o por el dolor de la separación que nublaba mi mente, o ambas cosas, que siempre puede ser.

Mucho tiempo después -¿O fue poco? Sin el doblar de las campanas de los ayuntamientos o iglesias cercanas a las plazas mayores no controlo el tiempo que pasa- me hablaban de que estaba enfermo, pero que tenía talento, y no sé cuantas cosas más, que el problema de todo esto se originó en Isabel -aunque ellos no la llamaban por su nombre-, que había desatado a saber qué cosas en mi cabeza y que ello me había vuelto un vagabundo. No, no entendían nada, siguen sin entenderlo, el problema fue que intentaron separarme de Isabel, no era ella, sino el resto, quienes me obligaron a huir. Y no, no estaba mal, realmente era feliz. Ellos decían que no era feliz sin contacto humano real, sin pertenecer a la sociedad, sin tener una vida estable como la que siempre mantuve, que era un engaño que perpetraba contra mí mismo y no sé cuantas sandeces más... ¿Qué rayos sabían ellos? ¿Cómo se atreven a decirme si era o no feliz? Si estuviera haciendo daño a la gente hubiese entendido que me

encierran, pero por querer mi vivir junto a Isabel en una aventura constante era tachado, ni más ni menos, que de loco.

Vuelve a la vida normal, tienes futuro. Era la conclusión de la mitad más una de las citas con distintos psiquiatras, psicólogos o lo que tocara ese día, incluso esos enfermeros tan poco amables que me inyectaban cosas cuando no paraba de gritar el nombre de Isabel. Lo peor es que sabía, a ciencia cierta, que ella no me extrañaba, para nada, cada vez lo tenía más claro, yo estaba completamente vinculado a ella, pero para ella no era más que otro, un medio para poder escribir en las hojas en blanco sus particulares historias, no eran mías, eran de ella.

No sé si fue el sujeto de traje claro, o cualquier otro de los trabajadores del centro de salud, quien hizo que publiquen algunos de los relatos largos que vivían en la maleta, bien impresos para que en la memoria no se pierdan, incluso uno de ellos ganó un premio de relatos cortos o algo así, no lo recuerdo bien. Me parece que es mencionado en esas breves biografías en el dobladillo de las carátulas de uno de los libros que llevan mi firma.

Sí, al final me convencieron, alguno tuvo la gran idea de devolverme la Laptop que tenía en la maleta, nunca me deshice de ella, llevaba largo tiempo sin encenderla pero siempre cargaba con ella, incluso en días de mucho hambre ni siquiera se me pasó por la mente venderla. Con la laptop volví a cierta "normalidad" -como ellos la llaman-, a escribir lo que yo quería y no lo que Isabel mandaba.

Un día me soltaron, sin medicación ninguna. Me ayudaron a encontrar un apartamento en el que ahora vivo, gozo de cierto éxito y según casi todos mis conocidos -que me llaman amigo y aún no sé por qué- ahora tengo una vida digna, feliz, llena de éxitos y placeres que antes, en esa historia que ellos no conocen bien, más aún, les importa un bledo la misma. Y yo me dedico, como buen paciente, a obedecer al doctor que me trató, a los doctores más bien, viviendo como no quiero, relacionándome con quien no quiero, escribiendo largas historias lacrimógenas que son un reflejo de una pena profunda de la que no consigo librarme, pero que vende la mar de bien.

Es lo que importa, que venda. No importa que seas feliz, debes parecer objetivamente feliz, tener todo lo que el resto considera que hace que tus días sean perfectos por sí mismos, aunque para ti tengan menos valor que un pedo de violinista -como diría McCourt-, la apariencia es lo que importa, después de poder vender. El que tenga una historia con psiquiátricos de por medio hace que

la gente crea auténticas el sufrimiento de mis historias, y lo achacan al pasado vivido, lleno de penurias en las calles de innumerables ciudades, no quieren entender que la pesadumbre la da esta existencia banal tan objetivamente ideal, tan llena de regalos mundanales... Ni entienden ni quieren entender.

Pero eso no es lo que me fastidia, ni el vivir en este engaño es la causa de la pena, es la separación, como se pueden imaginar, de Isabel. Máxime a sabiendas de lo que ella no sintió, nunca la tuve, por eso no puedo asegurar que la perdiera, pero mi subconsciente me obliga a recordarla todos los días, ya sea soñando o ya cuando paso por cualquier plaza. Hace mucho que no piso una Plaza Mayor, no soportaría todos los recuerdos que pueden asaltar mi consciente, impulsados por esa sed de venganza de mi Yo interno por lo que me he convertido y por intentar olvidar a Isabel.

Eso sí, entre todos me han arrebatado la felicidad en la que preferiría seguir, aunque la relación fuera un engaño, resultaba útil para las dos partes... ¿Qué será de Isabel? ¿A qué manos habrá llegado? Creo que me pondré a investigar un poco... ¿O es demasiada tortura? A saber...